

# BIBLIOTECA DE MEDIANOCHE

¡Atrévete  
a pasar  
miedo!

Nick Shadow

## Todo quedó en silencio y otros relatos



# BIBLIOTECA DE MEDIANOCHE

Nick Shadow

## Todo quedó en silencio

y otros relatos

ANAYA

Título original: *The Midnight Library. Voices*  
Relatos escritos por: SHAUN HUTSON

1.ª edición: septiembre 2009

© Working Partners Limited, 2005  
Publicado por primera vez en Gran Bretaña  
por Hodder Children's Books  
© De la traducción: Miguel Azaola, 2009  
© De la fotografía de cubierta: Getty Images  
y Ramón Ortega, P. - Fototeca de España / Anaya  
© Grupo Anaya, S.A., Madrid, 2009  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta:  
Miguel Ángel Pacheco y Javier Serrano

ISBN: 978-84-667-8463-4  
Depósito legal: NA. 1945/2009  
Imprime y encuaderna RODESA.  
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro  
son las establecidas por la Real Academia Española  
en su última edición de la *Ortografía*, del año 1999.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

# Índice

TODO QUEDÓ EN SILENCIO . . . . .	9
LA HORMA PERFECTA . . . . .	81
UNA MANZANA DIARIA . . . . .	125

## Todo quedó en silencio

**E**l pasillo del hospital parecía prolongarse hacia la eternidad. Kate Openshaw y su padre caminaban lentamente por él mientras resonaba en torno el eco de sus pasos. Habían hecho el recorrido más veces de las que Kate era capaz de recordar desde que, tres meses antes, su madre contrajo una misteriosa enfermedad.

Fuera, la lluvia batía con violencia contra los grandes ventanales desde los que se dominaba el entorno del hospital. Kate se estremeció.

—Papá —dijo, sin poder soportar el silencio por más tiempo—, ¿cuántas pruebas más tienen que hacerle aún a mamá?

—No lo sé, Kate —contestó su padre, en voz baja—. Seguirán hasta que encuentren qué es lo que va mal.

—Pues llevan ya meses haciéndole pruebas —protestó Kate—. Y siguen sin averiguar nada. Ni siquiera cuando le hicieron esa operación grande en la garganta la semana pasada.

—Ya lo sé —el padre rodeó cálidamente los hombros de Kate con el brazo—. Pero tenemos que confiar en los médicos. Están haciendo todo lo que pueden.

Ante ellos había una gran puerta de doble hoja. Kate, frustrada, empujó con violencia ambos batientes, que oscilaron sobre sus goznes y volvieron a cerrarse tras pasar ella y su padre al tramo de pasillo siguiente. Kate tenía la extraña sensación de que las pálidas paredes se le iban acercando, haciendo el corredor cada vez más estrecho.

—Odio este sitio —dijo, y los dos reemprendieron su interminable caminata.

—A nadie le gustan los hospitales, Kate —dijo su padre con suavidad—. Pero sabes bien que no tuvimos más remedio que venir a este. Quizá los médicos tengan más claro qué hay que hacer cuando hayan terminado la última serie de pruebas.

Kate no estaba segura de a quién quería tranquilizar su padre, si a ella o a sí mismo. Un poco a los dos, probablemente.

La lluvia caía ahora con más fuerza, arrastrada por un viento cada vez más desatado que hacía que algunos arbustos cercanos a las ventanas sacudieran sonoramente las ramas y las hojas contra los cristales.

Frente a ellos apareció otra puerta doble sobre la que se leía SALA 6. Kate tragó saliva. Era la sala de su madre.

Siguió a su padre a través de la puerta. Algunos pacientes y enfermeras les saludaron con la mano. Kate les devolvió el saludo. Qué amables eran todos en la sala, pensó. Lo habían sido desde el día de la llegada de su madre.

Kate sabía que entrar allí no debía asustarla, pero no lo podía evitar. Miró hacia las cortinas que rodeaban una de las camas que había a su derecha y se preguntó qué estaría sucediendo tras ellas. En seguida decidió que prefería no saberlo.

—¿Estás bien? —preguntó su padre, al acercarse a las dos camas del fondo.

Kate asintió con la cabeza.

Una de las camas estaba vacía. La otra estaba ocupada por la madre de Kate.

Dos médicos y una enfermera permanecían de pie en torno a la cama. Kate observó que parecían muy serios los tres.

El médico de más edad —Kate sabía que se llamaba doctor Venner y que era quien tenía la responsabilidad de atender a su madre— alzó los ojos. Al ver a la chica y a su padre, salió andando a su encuentro.

—¿Ha habido algún cambio en el estado de mi mujer? —preguntó con ansiedad el padre de Kate.

—Lamento mucho informarle de que el estado de su mujer ha empeorado, señor Openshaw —contestó en voz baja el doctor Venner.

Al oír aquellas palabras, Kate sintió un escalofrío.

—En todos mis años de médico, nunca he visto un caso como el de la señora Openshaw —continuó el doctor Venner—. Lo hemos intentado todo —puso una mano compasiva sobre el hombro de Kate—, y seguiremos intentándolo, pero me temo que no puedo prometerles nada —dijo con delicadeza.

Kate sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Vamos a dejarles a ustedes solos para que estén un rato con ella —terminó el doctor Venner.

Hizo una señal al otro médico y a la enfermera, y los tres se alejaron lentamente, cabizbajos, inmersos en un sesudo coloquio.

Kate saludó con la mano a su madre y sonrió con todo el valor de que fue capaz. Luego se acercó a ella, se inclinó hacia delante y le dio un beso en la mejilla.

—¿Cómo te encuentras, mamá? —preguntó, mirando el espeso vendaje que aún cubría el cuello de su madre.

Kate vio que sus labios se movían y se encorvó para situarse aún más cerca, como llevaba haciendo desde que la enfermedad había reducido la voz de su madre a un mero susurro.

—Estoy bien, cariño —dijo roncamente su madre.

Pero Kate sabía que no era verdad. No era verdad en absoluto.

El padre de Kate se sentó al otro lado de la cama, con gesto angustiado.

La madre extendió una mano hacia él y le apretó la suya antes de dirigir de nuevo su atención hacia Kate.

—¿Y cómo estás tú, cariño? —preguntó—. ¿Qué tal el colegio? ¿Qué has hecho hoy? —dijo jadeante, como si hablar le resultara de pronto más penoso todavía.

—Solo las cosas de siempre, mamá —contestó Kate, sujetando con fuerza la mano de su madre.

Justo en ese momento llegó otro médico. Kate pudo ver la placa con su nombre sobre la larga bata blanca. Doctor Gregory Solomon.

El doctor Solomon examinó la gráfica que colgaba a los pies de la cama e hizo alguna que otra marca en ella con el bolígrafo que se había sacado del bolsillo. Con un gesto de mayor seriedad aún, le pidió al padre de Kate que fuera a su despacho para hablar con él.

Kate vio cómo su padre desaparecía por una puerta que había a medio camino de la salida de la sala. Luego notó que la mano de su madre le agarraba la suya para reclamar su atención. Se acercó aún más a ella para que pudiera susurrarle al oído.

—Cariño, ¿puedes hacer algo por mí? —dijo su madre, esforzándose de nuevo por articular sus palabras en un jadeo.

—Pues claro, mamá —contestó Kate—. ¡Lo que sea!

Su madre sonrió. Era una sonrisa triste. Levantó la cabeza de la almohada para dar un beso a Kate y llegó a pinzarle una oreja con los labios. Luego dio un largo suspiro.

—Mañana hubiera sido el cumpleaños de la abuela —dijo—. ¿Podrías poner unas flores en su sepultura de mi parte?

—Desde luego, mamá.

—Coge el dinero de mi monedero; está en la taquilla que hay junto a la cama —dijo su madre—. Si puedes, compra un ramo de lirios. A tu abuela le encantaban.

—Vale, mamá —asintió Kate—. Puedo comprarlos en la floristería del hospital, de camino a casa, y llevarlos al cementerio cuando vaya mañana al cole.

—Buena idea —jadeó su madre—. Prefiero que lo hagas así en vez de ir al cementerio después del colegio. Anochece ya muy pronto, y no quiero que andes por ahí sola cuando ha oscurecido.

Kate se apartó ligeramente y vio una expresión de ansiedad en los ojos de su madre.

—No te preocupes, mamá. Normalmente vuelvo a casa con Susie —dijo Kate intentando tranquilizarla.

A continuación alzó la mirada y vio a su padre que volvía del despacho del doctor Solomon. Su aspecto era pálido y derrotado.

—Te quiero, mamá —dijo Kate, conteniendo las lágrimas.

—Yo también te quiero —dijo su madre, apretándole la mano—. Por eso estoy decidida a mejorar. No quiero dejaros a ti y a tu padre.

—Vamos, Kate —dijo su padre—. Será mejor que nos marchemos y dejemos descansar a mamá.

Kate besó a su madre y caminó hasta el otro extremo de la sala. Allí se volvió y agitó la mano. Su madre le sonrió débilmente.

Tal como había prometido, Kate pasó por la floristería que había junto a la entrada del hospital y compró un ramo de lirios. Luego, ella y su padre corrieron hasta el coche bajo la lluvia.

Cuando arrancaron, Kate miró atrás, hacia el hospital. La lluvia seguía martilleando sobre el parabrisas.

En la distancia se oyó el profundo retumbar de un trueno lejano.

A la mañana siguiente, la lluvia había cesado. El aire era frío y cortante, pero brillaba un sol espléndido y se reflejaba en los charcos que Kate iba sorteando mientras caminaba por la calle que le conducía hacia la iglesia. El olor del aire era deliciosamente fresco y vigorizante. El rocío de la madrugada brillaba en las telas de araña formando hileras de diamantes prendidos en delgadas cadenas de plata.

Las calles estaban todavía relativamente tranquilas. Kate había salido antes que de costumbre para

poder visitar la sepultura de su abuela antes de ir a clase. Miró por un momento el ramo de lirios que había comprado la noche anterior.

Ante ella, la aguja de la torre de la iglesia parecía dispararse hacia el claro cielo azul de la mañana. La gravilla del camino crujió bajo sus pasos cuando cruzó la entrada del camposanto y avanzó por uno de los senderos hacia la zona en que estaba enterrada su abuela.

Muchas de las lápidas más cercanas a la iglesia eran extraordinariamente antiguas y Kate caminó más despacio para echar un vistazo a las inscripciones talladas en ellas. Algunas eran muy difíciles de leer y sus letras se habían desgastado por el paso del tiempo. Entre las de aspecto más vetusto había un par de ellas tan ennegrecidas por los líquenes y el moho que parecían dos dientes podridos sobresaliendo del suelo.

Kate se acercó a limpiar algo del moho para poder leer una de las inscripciones. Al hacerlo, una gruesa babosa blanca se hizo visible en lo alto de la lápida. Kate arrugó la nariz y apartó la mano de inmediato. Vio como la babosa se deslizaba lentamente lápida abajo dejando un rastro de mucosidad brillante hasta desaparecer al pie de la losa, entre la hierba húmeda.

—No encontrarás ningún nombre en esas dos losas.

La voz le sobresaltó y se dio la vuelta rápidamente, poniéndose en pie.

Era el párroco, el reverendo Dodds, que había oficiado el funeral de la abuela unos meses antes. La brillante blancura de su alzacuellos de clérigo destacaba sobre el negro de la sotana.

—Siento haberte sobresaltado —dijo suavemente.

—No importa —contestó Kate.

El párroco achicó ligeramente los ojos y le sonrió.

—Eres Kate Openshaw, ¿verdad? —dijo—. Nos encontramos en el funeral de tu abuela.

Kate sonrió y asintió con la cabeza.

—Por eso estoy aquí —dijo—. Hoy habría sido el cumpleaños de mi abuela. Mi madre me dijo que pusiera estas flores en su tumba.

Kate alzó el ramo de lirios.

—Qué idea tan hermosa —dijo el reverendo Dodds—. No te entretengo, pues.

Kate estaba a punto de seguir su camino, pero se detuvo y miró atrás, hacia las dos resquebrajadas y mohosas lápidas que había estado inspeccionando antes de que apareciese el reverendo Dodds.

—Dice usted que no encontraré nombres en esas dos losas —dijo—. ¿Por qué no? Ya sé que son viejas, pero...

—No han sido el tiempo ni la intemperie los que han causado el deterioro de esas piedras. Han sido personas —replicó el reverendo Dodds.

Kate le miró, perpleja.

El reverendo Dodds sonrió.

—Me tendrás que perdonar, Kate, pero puedo ponerme muy pesado a propósito de este tema. He estado estudiando la historia de esta iglesia desde que llegué, hace cuatro años. Estas dos sepulturas tienen más de trescientos años. Pertenecen a una madre y a una hija consideradas brujas por algunos feligreses. El párroco de aquella época desoyó aquellas alegaciones y permitió que se enterrase a ambas mujeres aquí, en sagrado. Pero los feligreses que no estuvieron de acuerdo con él rasparon los nombres de las dos mujeres y los borraron de sus lápidas.

Kate se estremeció.

—Pobres mujeres. Yo estoy con el párroco. No creo en brujas.

—¿Ni siquiera en las que vuelan montadas en una escoba? —preguntó sonriendo el reverendo Dodds.

Kate le sonrió a su vez y negó con la cabeza.

—Sabrás que en aquellos días se ejecutaba a muchas personas acusadas de brujería —prosiguió el reverendo Dodds—. A veces era porque parecían capaces de predecir el futuro. Quienes las ejecutaban decían que, puesto que el diablo les había dado aquellos poderes, tenían que ser brujas.

—No veo por qué tiene que ser tan malo que sea uno capaz de predecir el futuro —observó Kate—. Sabrías las cosas antes de que ocurrieran. ¡Qué números van a ganar la lotería, por ejemplo!

El reverendo Dodds sonrió.

—Bien, pues en tiempos pasados, esa habilidad hubiera bastado para que te quemaran en la hoguera por bruja —se quedó mirando las dos antiguas y erosionadas piedras, y su tono se ensombreció un poco—. Todo aquel que viviera solo, que no fuera querido por los demás o que fuera un poco diferente tenía muchas posibilidades de que le acusaran de brujería. Nadie estaba a salvo.

Kate asintió con el gesto.

—Pero bueno, te dejo que sigas con lo que estabas haciendo —dijo el reverendo Dodds, y volvió caminando hacia la iglesia.

Kate vio cómo desaparecía en el interior y echó a andar con decisión hacia la sepultura de su abuela.

—Hola, abuela —dijo con voz suave, arrodillándose junto a la lápida—. Feliz cumpleaños —apartó de la losa de mármol algunas hojas caídas y dejó sobre ella el ramo de lirios—. Los he traído para ti, de mi parte y de parte de mamá. Sé que eran tus flores favoritas —en cierto modo le resultaba natural hablar así con su abuela—. Mamá no puede venir porque está todavía muy enferma en el hospital, abuela —prosiguió Kate—. Los médicos siguen sin poder averiguar qué es lo que tiene. Espero que la estés viendo y cuides de ella. Confío en que me escuches, abuela, y en que estés bien allá donde estés.

—*Estoy bien, gracias, amor mío.*

Kate se dio la vuelta, buscando la voz que le había susurrado en el oído; tan cerca que podría jurar que había sentido el aliento.

Aparte de ella misma, el camposanto seguía vacío.

Volvió a mirar la lápida de su abuela y tragó saliva.

—¿Abuela? —dijo vacilante—. Abuela, ¿eres tú?

Una leve brisa le acarició el pelo de la nuca. Fue algo así como el suave roce de una mano.

Kate volvió a mirar a su alrededor, pero no había nadie a la vista. Se le puso carne de gallina en la piel de los brazos. El viento hizo crujir el celofán que envolvía las flores.

Se levantó y retrocedió por el sendero, a punto de dar un traspiés.

—*¡Ay, ojalá hubiese podido estar yo allí! Descríbemelo tú.*

—*Bien, pues todos iban vestidos de blanco y morado, como había pedido la tía Augustine. Deberías haber visto cómo colocaron las flores de modo que formaran su nombre. Fue precioso. Se hubiera sentido orgullosa de ellos.*

Kate miró a un lado y a otro. Nadie a la vista. ¿De dónde venían aquellas voces? El corazón le golpeaba ahora con fuerza dentro del pecho.

Kate se dirigió precipitadamente hacia la puerta de la iglesia. Al pasar frente a ella, las voces parecieron aumentar de volumen.

—*Fue absolutamente precioso. El funeral más hermoso al que he asistido nunca, de verdad. Justo lo que la tía Augustine hubiera querido...*

Kate dio un suspiro de alivio. Dentro debía de haber empezado algún funeral. La iglesia era antigua. Su techo era alto. Seguro que el sonido de las voces de dentro se proyectaba fuera.

Kate asintió para sí misma con la cabeza. Eso debía de ser. Misterio resuelto.

Se dirigió hacia la entrada.

—*Estoy segura de que la tía Augustine lo estaba viendo. Contemplándolo todo desde arriba y sonriendo.*

—*Sobre todo al oír tocar su himno favorito al final. Siempre le encantó La Antigua y Fuerte Cruz...*

Las voces volvieron a hacerse más débiles.

Kate dejó el cementerio a toda prisa y se dirigió calle abajo hacia el colegio mientras un viento frío le echaba el pelo sobre la cara.

En el colegio, el día transcurrió como cualquier otro: unas cuantas risas con Susie y sus demás amigas, un par de discusiones con algunos chicos de su clase, charla sobre lo que habían visto en la tele la noche pasada, sobre lo que pensaban hacer el fin de semana...

Lo único malo, como de costumbre, fue Daisy Barton, que le había dicho a Susie que tenía un CD de WestZone de sobra y que podía vendérselo a mitad de precio. WestZone era el conjunto favorito de todos en aquel momento, y ese era justo el único CD de WestZone que Susie no tenía.

—Nunca me dijo que tenía una raya sucia enorme de lado a lado —se había quejado Susie cuando las dos amigas se sentaron al fondo de la clase—. Yo no me di cuenta hasta que lo quise poner en casa anoche, después de que ya se lo había pagado. Y ahora

no me deja que se lo devuelva. Siempre está haciendo cosas así a la gente.

—Lo único que le importa a Daisy es ella misma —contestó Kate—. Seguro que te tiene envidia porque conseguiste una entrada para el concierto de WestZone y ella no, por la pereza que le daba ir a la taquilla y hacer cola durante horas, como hicimos nosotras.

Susie sonrió.

—Seguramente tienes razón —dijo, con un aire más animado.

—Tengo que pasarme por las tiendas, de camino a casa —le dijo Susie a Kate cuando sonó la campana para salir—. ¿Quieres venir?

—Será mejor que vaya a casa —contestó Kate—. Le suelo preparar el té a papá, antes de ir los dos al hospital a ver a mamá.

—Vale. Dale un beso a tu madre de mi parte, Kate —dijo Susie, y salió rápidamente en dirección contraria.

Kate, sola, se quedó inmóvil por un momento y a continuación se encaminó hacia su casa. Cuando pasó junto a la iglesia, estaba ya oscureciendo.

—Dile que quiero esas fotos para el viernes o no le pago.

Kate bajó el ritmo de sus pasos al sentir la voz en su oído, bien alta esta vez.

—Ya se lo he dicho, pero él dice que no puede hacer nada al respecto.

El tono de la discusión iba subiendo de temperatura. Kate se encontró de pronto deambulando muy cerca de la puerta abierta de la iglesia.

—No te lo voy a repetir. Las quiero el viernes o no le pago.

Asomó la cabeza para ver qué ocurría.

La iglesia estaba vacía.

—Tú haz lo que quieras. Yo ya he hablado con él. Más no puedo hacer.

Kate, confusa, no podía imaginarse de dónde venían aquellas palabras. Dio un par de pasos dentro del edificio y miró hacia las ventanas de preciosas vidrieras de colores.

—Hola, Kate.

Se dio la vuelta, sorprendida..., pero esta vez la voz le era familiar.

El reverendo Dodds estaba de pie detrás de la puerta, pinchando algo en el tablón de anuncios.

—Lo siento si te he asustado —dijo jovialmente—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—He oído hablar a alguien —dijo Kate, titubeante—. Aquí dentro.

—No creo, a menos que me hayas oído hablar conmigo mismo —sonrió él—. Y espero que no haya ocurrido tal cosa... Dicen que es el primer síntoma de locura, ¿no?

Kate asintió sin decir nada, mientras volvía a mirar dentro de la iglesia y seguía resonando en su cabeza el eco de las extrañas voces. Estaba segura de que la discusión procedía del interior del edificio.

—Siento haberle interrumpido —dijo. Y a continuación giró sobre sus talones y se marchó rápidamente.

Kate se sentó junto a la cama de su madre. No pudo contener una sonrisa. Su madre estaba incorporada y no la había visto con tan buen aspecto desde hacía meses.

El doctor Venner miró la gráfica que tenía en la mano y sacudió la cabeza esbozando una sonrisa.

—Tengo que reconocer, Kate, que tu madre es un constante rompecabezas para nosotros —empezó a decir—. Primero llega al hospital y no podemos averiguar qué es lo que le pasa, y luego, de repente, em-

pieza a recuperarse y no sabemos por qué. Y lo cierto es que la mejoría es muy notable.

—¿Quiere decir que puede volver a casa? —preguntó Kate.

—Espero que sí —dijo el doctor Venner—. Pero vamos a esperar a ver cómo evoluciona, ¿no crees? Tú quieres que tu madre vuelva a estar igual que antes, ¿verdad? Pues nosotros no queremos que se vaya de aquí hasta que lo esté.

Cambió la gráfica por otra nueva, les sonrió y se dirigió a otro lugar de la sala para ver a otro paciente.

—¿Estás ya más contenta? —le preguntó su padre a Kate.

Kate asintió con la cabeza y sonrió.

—¿De verdad te encuentras mejor, mamá? —preguntó.

—Mucho mejor —dijo en voz baja su madre, alargando la mano para apretar la de Kate.

—Es muy raro que no supieran lo que tenías y que ahora ni siquiera sepan qué te ha hecho mejorar, pero no me importa. Lo que cuenta es que vas a volver a casa pronto —dijo Kate, radiante—. Me muero de ganas.

—Tu madre aún tiene que tomárselo con calma —le dijo su padre—. Podría ponerse mala inesperadamente y volver a las andadas.

—No, no ocurrirá —dijo dulcemente la madre de Kate.

—Pero amor mío, si ni siquiera sabes lo que te trajo aquí —dijo el padre de Kate—. ¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque lo estoy —contestó la madre de Kate—. Además, vosotros vais a estar pendientes de mí, ¿no?

—Yo haré todo lo que tú quieras, mamá —dijo Kate.

—¿Incluso tus deberes del colegio? —dijo su madre, sonriendo.

Kate asintió, riendo.

—Estoy mejor gracias a ti, Kate —le dijo su madre, acariciándole la mejilla—. Tus visitas siempre me animan. Las tuyas y las de tu padre —se inclinó hacia delante y besó a Kate—. Muchas gracias.

Kate abrazó a su madre.

—Lo siento —musitó su madre; parecía ligeramente alterada.

—¿Por qué? —preguntó Kate, sorprendida.

—Por todo el trastorno que os he causado. Toda la preocupación... —contestó su madre.

—Pero ahora todo irá bien, mamá, ¿a que sí? —dijo Kate.

Su madre sonrió, pero no contestó.

—¿En qué estás pensando, Kate? —le preguntó Susie en el colegio, al día siguiente—. Apenas has dicho una palabra en toda la hora de la comida —añadió, metiéndose en la boca otra patata frita—. ¿Es por tu madre?

Kate meneó la cabeza de un lado a otro. Miró fijamente al otro lado del patio de recreo, dio un mordisco a su bocadillo y masticó con aire pensativo.

—Sé que va a sonarte absurdo —dijo—, pero ¿tú has oído voces alguna vez?

—¿Qué clase de voces? —preguntó Susie.

—Pues eso, voces. Cuando parece que no hay nadie cerca.

Susie pareció reflexionar.

—Bueno... , una vez leí en una de las revistas científicas de mi hermano que los empastes de los dientes pueden captar ondas extraterrestres —le dijo a Kate.

—¿Ondas extraterrestres? ¿Y qué es eso? —preguntó Kate.

—Pues... supongo que serán sonidos de platillos volantes o de naves espaciales. No estoy segura de creérmelo yo tampoco —contestó Susie, encogiéndose de hombros—. Me parece un poco

descabellado que los extraterrestres puedan ponerse en contacto con la gente a base de usar sus empastes. Por lo visto tiene algo que ver con que los empastes son buenos conductores o algo así... Como una especie de radio —terminó; y de pronto sus ojos se abrieron más—. ¿Por qué? ¿Has estado tú oyendo voces?

—Sí... bueno, no sé. Probablemente me lo estoy imaginando. Pero tengo la seguridad de que no eran extraterrestres —dijo Kate, sonriendo—. Eran voces de verdad. Gente conversando.

—Puede que fueran extraterrestres —insistió Susie—. O sea, que podrían tener nuestro mismo aspecto. ¿Por qué no? Incluso tú misma podrías ser uno de ellos.

Kate sonrió burlona.

—Si la gente puede captar ondas extraterrestres con sus empastes, ¿no crees que tu hermano podría oír la radio con su aparato de ortodoncia?

Y les dio a las dos un ataque de risa.

Kate se sentía tensa al acercarse a la iglesia, camino de casa, y se preguntaba si volvería a oír voces. Quizá todo fueran imaginaciones suyas...